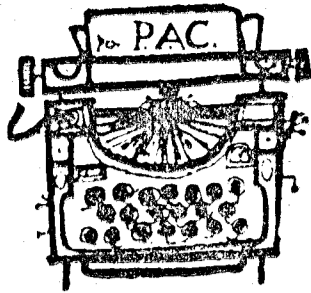


escrito a máquina

El arquitecto y la cultura



Extracción de la conferencia pronunciada por su autor, ayer sábado, en el V CONGRESO CENTROAMERICANO DE ARQUITECTURA Y URBANISMO.

La arquitectura es el arte social por excelencia. Sin embargo, esta definición encierra una paradoja y es la siguiente: en la misma medida en que la arquitectura es expresión, como ningún otro arte, de lo social, la sociedad le impone, como a ningún otro arte, limitaciones. El arquitecto es un creador cuya libertad de invención está restringida por una serie de factores de la misma sociedad. En primer lugar, el dinero. "No todas las sociedades han estado dispuestas a pagar un precio alto por la belleza o por la permanencia", dice Burchard. "Al igual o peor que otras artes, la arquitectura puede ser tratada a empellones y pisoteada en el mercado del consumo en masa". En segundo lugar, los moldes del mal gusto, de la rutina, de lo utilitario, de lo copiado, cuando se endurecen formando ambiente, es al arquitecto a quien más le cuesta romperlos. Un autor dice que "la estética de una nación la determina en gran parte el gusto de sus ciudadanos y no el talento de sus artistas". En tercer lugar, el arquitecto tiene que verle la cara al Poder, que es cosa seria. Es el mismo Burchard quien dice: "Puesto que los edificios de mayor significación social los mandan a hacer principalmente aquellos que ocupan el poder, la arquitectura está más limitada en su capacidad revolucionaria que la pintura o la poesía". A veces, gobernantes reformadores o revolucionarios son muy conservadores en sus gustos. O viceversa. Por eso, "independientemente de su calidad, como diseño formal, los edificios civiles son también documentos que divulgan lo que eran los hombres que ocupaban el poder y que mandaron construirlos".

Sin embargo el arquitecto, si se organiza, si forma gremialmente una fuerza de presión dentro de la cultura, puede hacerle frente a esos factores de la sociedad que limitan o rebajan su creación, y tomar la iniciativa. Pero hay algo más; algo más que la libertad personal de crear la propia obra de arte, y es la relación creadora entre el arquitecto y la ciudad. Yo la llamaría la civilidad del arquitecto, su verdadera capacidad civilizadora, o, simplemente su humanismo.

Para poder explicar y desarrollar mejor esta idea, permítaseme proyectarla —ya que estoy entre arquitectos— sobre la comparación de dos ciudades: Granada y Managua.

Granada es una ciudad que renació y cobró su fisonomía actual después de su casi total destrucción. Lo mismo puede decirse de Managua. A Granada la destruyó a fuego el filibustero. A Managua un terremoto.

Sin embargo, Granada —según la apreciación del mexicano Manuel González Galván en su libro "Diario del viaje de un estudiante de arte"— es la ciudad de Nicaragua que tiene más unidad urbana en sus volúmenes, composición y material constructivo. "El conjunto urbano, dentro de su sencillez, es algo único". El plano de sus calles desigual. "Circulan dulces nostalgias / entre tus calles torcidas", dice el cantar. Y en esta desigualdad sorprende —como me decía el arquitecto Julio Cardenal— el aprovechamiento de sus irregularidades y la solución que instintivamente le han dado sus moradores al reto de los ángulos desiguales y de las cuchillas en la intersección de las calles.

El centro de la ciudad y los edificios de sus calles principales fueron remodelados o construidos por una generación que recibió lecciones de un maestro constructor italiano: lo interesante es cómo esa fusión de lo italiano y de lo colonial hispano dio un producto nuevo, original, mestizo y un sello mediterráneo

y tropical que conviene plenamente al contorno granadino y a su destino de ciudad-puerto, de ciudad nostálgica de rutas junto al Gran Lago.

Sin embargo, esta gracia edilicia de Granada no es producto de su riqueza de monumentos y edificios. En este aspecto no se puede comparar a León. Como dice González Galván: "aunque escasa de monumentos muy notables, Granada es un caso de monumentalidad total, es decir, que no vale tanto por obras aisladas cuanto por el conjunto armonioso del todo; no es ciudad de monumentos que deben su gloria al genio creador de uno o varios autores, sino la expresión de la sensibilidad común y anónima de todos los habitantes que en forma unánime manifiestan su gusto y manera de vivir en la similitud repetida de su casa de habitación, lo que constituye, como producto de la unidad social, la tipicidad". Granada manifiesta, por tanto, una unidad comunal, unidad paternalista, si se quiere, pero evidente.

Si frente al ejemplo de Granada, analizamos el de Managua, nos encontramos con una ciudad que desarrolla su proceso urbano en términos absolutamente contrarios.

Managua está posada sobre un casco, sobre un escenario natural de una belleza extraordinaria pero desaprovechada. Su lindo lago, siento confesarlo, lo convirtió en cloaca. A los maravillosos retos de sus desigualdades y peculiaridades: de su lago, de sus lomas y cerros, de sus lagunas (recuérdese que Managua es quizás la única ciudad de América que posee dos lagunas, como dos fabulosas esmeraldas, dentro de su perímetro urbano), respondió en forma caótica, por no decir despreciativa, y antepuso, al sentido de vivir y al aprovechamiento de la belleza, el sentido de lucro de los dueños de solares.

En Managua hay edificios, hay casas hermosas —las hay muchas— pero no hay soluciones comunales, ni siquiera el intento de afrontarlas. Los edificios hermosos surgen como inesperados, proclamando su desvinculación egoísta y su soledad en la composición de la ciudad. A sus grandes edificios civiles ni siquiera le ofreció la ciudad la cortesía del espacio. El sentido acogedor de Granada —que es índice de una vivencia comunal, de una convivencia— se ha evaporado en Managua. Al perderse la vivencia vecinal se evapora también la sensibilidad común. La ciudad entonces se incapacita para producir un estilo y se convierte en una caótica aglomeración de gustos individuales dándose la espalda.

—Sin embargo, Managua surgió al iniciarse la profesionalidad de la arquitectura. Es la única ciudad de Nicaragua que se ha levantado en la era de la técnica urbanística. Pero ¿qué pasó? —Que a su formación precipitada y de aluvión, se unió el prevalecimiento de la mentalidad comercial y su apetito de lucro por sobre todo sentido de comunidad. Los arquitectos hicieron casas, hicieron edificios, no para unos ciudadanos sino para unos clientes. Entre más bellas y lujosas eran las casas más introvertían hacia el egoísmo la razón de ser comunal de la ciudad. Nuestras casas fueron hechas para huir de la ciudad, para desentenderse de ella. En cambio, la ciudad ha sido ideada por el hombre de nuestra cultura greco-latina para salir de casa; o como dice Ortega y Gasset: "la ciudad nuestra nace de un instinto opuesto al doméstico. Se edifica la casa para estar en ella; se funda la ciudad para salir de la casa y reunirse con otros que también han salido de sus casas. En Atenas y en Roma las habitaciones son mero pretexto: el órgano esencial de la ciudad es la plaza, el ágora o el foro (y entre nosotros el parque, el vecindario, la plaza). Un sentimiento de insuficiencia dentro del círculo doméstico, un afán de romper éste,

de hacer nuestra vida tangente a otras vidas; de convivencia; de sociabilidad ultradoméstica, engendra la urbe antigua de nuestra cultura. Por eso, mientras el semita, que ignora propiamente la ciudad, pondera la virtud de la HOSPITALIDAD, esto es, el arte de recibir a otro en NUESTRA casa; la virtud esencial de la urbe es la URBANIDAD; esto es, el arte de comportarnos fuera de casa en el trato con los "otros". Para decirlo de una vez: el impulso creador de la ciudad greco-latina no fue el hogar, ni el mercado, ni la defensa: fue simplemente un apetito genial de conversación".

Este apetito genial que Ortega llama de conversación, hoy debemos llamarlo de "diálogo". Managua es una ciudad surgida, contra su historia, sin diálogo. Y el arquitecto moderno tiene que sacarla de su monólogo egoísta y antihistórico para afrontar el gran reto de nuestro tiempo, con la sensibilidad social que nos exige el reclamo de las masas urbanas y sus justas demandas de integración a la cultura ciudadana.

Esto es lo que anteriormente llamaba sentido humanístico del arquitecto como creador de cultura. Ya no basta la "gramática" de la casa que pedía Frank Lloyd Wright. Hay que afrontar la gramática de la ciudad y esta gramática es social. Ya no es tiempo de cavernas, aunque sean de lujo, sino de solidaridades comunales. Con esto no me refiero a la necesidad de planificación y menos en el sentido errado que suele dársele de hacer esquemas puramente racionales del modo de urbanizar. Me refiero, como pedía Alexander Mitscherlich, a "UN NIVEL DE CONCIENCIA" en el cual sea posible formar una mentalidad urbanística, una mentalidad que viva al pueblo, su sicología, su medio, su historia, su personalidad y las formas de desarrollarla, y que de ahí arranque su inventiva arquitectónica para hacer la casa sociable, la casa AVECINDADA, la casa que acoja pero que también se abra al diálogo urbano y contribuya a la fraternidad humana.

PABLO ANTONIO CUADRA